

sino que estos problemas sólo pueden ser resueltos satisfactoria y eficazmente dentro del marco de la democracia.

La Fundación Pablo Iglesias estimó conveniente la organización de un coloquio sobre estas cuestiones. Así, entre los días 23 y 25 de septiembre de 1981, una serie de especialistas extranjeros y españoles intercambiaron sus informaciones y sus puntos de vista acerca de significados, problemas y perspectivas que se ofrecen en los años 80 a la institución parlamentaria y la democracia. El resultado de aquellos debates es el libro que tengo en las manos, titulado *Parlamento y Democracia. Problemas y perspectivas en los años 80* (*), con un subtítulo: «Un debate en torno a los problemas actuales del Parlamento como institución representativa de la voluntad popular, visto desde una perspectiva de ampliación y profundización de la democracia». El subtítulo es largo, pero acierta a expresar, con bastante exactitud, el contenido de la obra. Como señala en la introducción José María Maravall, se pretende «recalcar (...) la especificidad del caso español: en nuestro país el reto no consiste sólo en *profundizar la democracia* (...) sino en *defender la democracia*, legitimar y reforzar el Parlamento».

A lo largo de las intervenciones aflora un tratamiento crítico sobre el papel del Parlamento en la sociedad democrática y se recogen las críticas que se han dirigido a esta institución desde la izquierda extraparlamentaria y la propiamente parlamentaria. Ahora bien, como señala, asimismo, Maravall en su introducción, «no existen democracias sin un Parlamento basado en el pluralismo partidista, en la li-

bertad de expresión y de asociación, en elecciones libres y en el sufragio universal».

Mientras que algunos de los ponentes extranjeros destacan la necesidad de devolverle al Parlamento su mermada, en ocasiones, iniciativa legislativa, progresivamente monopolizada por el Ejecutivo, los españoles insistieron en que «las características de la transición han configurado, en España, un Parlamento que, como plataforma de actuación política, resulta un tanto aislado en una sociedad políticamente poco participativa». Esta escasa participación puede que haya estado condicionada por la débil afiliación política. «Se ha estimado que solamente un cinco por ciento de la población adulta está afiliada a partidos políticos y, de ella, dos tercios a partidos de izquierda».

La democracia no acaba en el Parlamento. En la sociedad pluralista existen otras instancias que contribuyen decisivamente a ampliar y a consolidar el Estado y la sociedad democráticos: el sindicato y el poder local, y, en nuestro país, la estructura autonómica del nuevo Estado.

Parlamento y Democracia expone, en líneas generales, pero con precisión crítica, estos y otros problemas (los partidos políticos, por ejemplo) que aparecen en la sociedad democrática. Constituye una herramienta útil por su ligereza de estilo y por el abanico de temas que contiene para tener una idea más precisa de cuál es la situación y será la perspectiva de la sociedad democrática de los 80. Consideramos, pues, un acierto la celebración del coloquio y la posterior publicación de sus debates y conclusiones.

(*) *Parlamento y Democracia*. Varios autores. Editorial Pablo Iglesias. Madrid, 1982.

EL DESAFÍO SOCIALISTA

María RUIPEREZ

Por primera vez en la Historia de España, un Gobierno socialista, con una mayoría absoluta en las Cámaras, va a gobernar este país durante los próximos cuatro años. ¿Cuáles van a ser los problemas a los que tendrá que enfrentarse? ¿Cuál será la respuesta de los poderes fácticos ante una gestión socialista? A estas y otras cuestiones de trascendencia histórica y política han tratado de contestar César Alonso de los Ríos y Carlos Elordi en su último libro, *El desafío socialista*,¹ publicado hace unos meses.

Pese a que muchos de los interrogantes planteados en la obra quedarán despejados antes incluso de que salgan a la luz estas líneas, pensamos que el libro tiene la suficiente entidad para merecer, siquiera, un pequeño comentario. Los autores toman como punto de partida de su análisis la conversión del antiguo PSOE de Rodolfo Llopis —anclado en el pasado, y sujeto a una dirección alejada, como consecuencia del exilio, de la España real de la década de los setenta— en un partido nuevo. Tras el resultado del famoso Congreso de Suresnes de 1974, la Ejecutiva del partido

pasó a manos de hombres jóvenes, cuya andadura política y social quedaba muy alejada de la generación socialista que hizo la guerra civil. Desde este momento, el PSOE dejó atrás sus propios conflictos teóricos e, incluso, sus raíces históricas, y sus viejos dirigentes pasaron a ser simples retratos que adornan las nuevas sedes y agrupaciones socialistas, en unos casos, mientras en otros quedaron relegados al más completo de los olvidos. La transformación ideológica y política se cerró, por fin, en el 28 Congreso, de cuyas polémicas internas surgiría un Felipe González mucho más respetado dentro y fuera del partido, y unas bases agrupadas y solidarias en torno a sus dirigentes. El gran cambio había comenzado, y el Partido Socialista se preparaba para llegar al poder.

Por ello, la victoria electoral del 28 de octubre no ha sorprendido a casi nadie. La manifiesta incapacidad de UCD —partido que llegó a las elecciones mermado en hombres y desprestigiado ante el país— para llevar a cabo las reformas políticas y administrativas propias de un Estado moderno, y la sensación general de que faltaba la capacidad o voluntad política para enfrentarse con quienes pretendían acabar con la democracia, han hecho posible —entre otras razones— el triunfo absoluto del Partido Socialista.

Pero si la victoria socialista en estas últimas elecciones «estaba cantada», no se puede decir lo mismo respecto a los procesos electorales anteriores. Los analistas políticos vieron, en su mayoría con sorpresa, y aún no han conseguido explicarlos suficientemente, los resultados de las elecciones de junio de 1977, sobre

todo por la desproporción entre los votos conseguidos por el PSOE y los alcanzados por el otro gran partido de izquierdas, el PCE. Para Alonso de los Ríos y Elordi, es evidente que el país no premió a aquellos partidos más activos en la lucha contra el franquismo, sino que, de alguna forma, les volvió la espalda. La mayoría de los votantes se apartaron de los viejos dirigentes, conocidos por su participación en la guerra civil, tanto de un bando como de otro. Y la nueva realidad salida de las urnas no puede explicarse solamente por la llamada «memoria histórica», sino por un deseo de moderación política —tanto en la izquierda como en la derecha— que condujera al país a una transición pacífica y sin traumas. Todo ello catapultaría al PSOE al puesto del primer partido de la oposición, mientras el PCE solamente conseguía 20 diputados; y tal diferencia sería la raíz última de la crisis posterior del PCE, reducido en 1982 a una representación parlamentaria mínima. Quedaba así descartada una salida «a la italiana», para dar paso a un modelo político semejante al alemán o al sueco.

Desde el exilio hasta hoy, el PSOE ha recorrido un largo camino. Sus bases se han ampliado sustancialmente, abarcando a nuevas capas sociales, y sus cuadros tienen poco que ver con los dirigentes tradicionales del período anterior a la guerra. ¿De dónde procede la nueva dirección? A falta de estudios concretos sobre el tema, Alonso y Elordi señalan la importancia de los cuadros técnicos y políticos procedentes de otras formaciones políticas, en especial de los partidos que componían la antigua FPS, integrada a partir de 1977-78 en el nuevo PSOE. Nombres como

los de Joaquín Leguina, José Barrionuevo, Alvaro Espina, Joaquín Arango, Carlos Romero, Enrique Barón, M. A. Fernández Ordóñez, Narcís Serra, Ernest Lluch o Elena Flores —cuyo origen social y competencia técnica les aleja sustancialmente del obrerismo que había ocupado los puestos claves en el partido antes del 1939— han cubierto una buena parte de las funciones técnicas del partido en puestos de responsabilidad en los últimos años, y ocupan ahora lugares claves en el Gobierno socialista.

Con esta composición teórica y humana, el PSOE va a enfrentarse en los próximos meses a la prueba de fuego de sacar al país de la caótica situación en que le ha dejado UCD. En su análisis de los problemas más acuciantes a los que tendrá que dar una respuesta el Gobierno —la reforma de la Administración, la lucha contra el paro y la crisis económica, el fenómeno del terrorismo y la necesaria reforma del Ejército—, Elordi y Alonso de los Ríos señalan las numerosas dificultades con que va a tropezar la política socialista. Pero abren también el camino a la esperanza: los diez millones de votantes que han otorgado su confianza al PSOE y el apoyo popular que el partido va a encontrar para legislar, hacen pensar que las esperanzas no serán defraudadas.

¹ C. Alonso de los Ríos y Carlos Elordi: *El desafío socialista*. Ed. Laia. Barcelona, 1982.